

Un soldado anónimo

El autor incomprendido

3 de mayo, Goya

Creo que la memoria es como un animal, porque ataca cuando menos lo esperas y se esconde cuando intentas atraparla. Pero hay recuerdos que no desaparecen, que están en la conciencia como una marca que el tiempo no puede borrar. Ninguno me persigue tanto como el del amanecer del 3 de mayo. Un amanecer que, aunque han pasado muchos años, lo sigo recordando como si el tiempo no hubiese hecho su trabajo y yo siguiese ahí, con el fusil entre mis manos, escuchando los gritos de los hombres a los que íbamos a ejecutar.

Mi nombre ya no importa, porque lo que hice ese amanecer lo ensució para siempre. Pero sí importa mi historia, o al menos, eso creo cuando intento entender cómo llegué a convertirme en uno de los soldados que aparecen en ese cuadro famoso de Goya, donde representó no solo la muerte de esos hombres, sino también la frialdad que puede llegar a tener un ser humano, y yo soy uno de esos cuerpos que apuntan sin expresión.

Crecí en una familia donde la disciplina era el valor más importante. Mi padre, un hombre que sufrió mucho por la pobreza, creía que la disciplina era la mejor virtud que se le podía enseñar a un hijo. Nunca fue cruel, pero sí inflexible. Mi madre, en cambio, era una mujer silenciosa, de mirada triste, y aunque me quería, mostraba afecto de manera muy limitada.

Recuerdo que, de niño, solía escaparme al bosque cercano a mi pueblo, donde podía correr sin que nadie me diese órdenes, donde podía imaginar que el mundo era mucho más grande que las paredes de mi casa y que mi destino no era la pobreza ni la obediencia. Pero esos momentos eran cortos, porque siempre tenía que volver a casa, y cada vez que cruzaba la puerta, mi padre me miraba decepcionado, y me hacía sentir pequeño, como si mis sueños no le importasen a nadie.

Cuando cumplí diecisiete años, la guerra había matado a muchos jóvenes de mi pueblo, y el ejército recorría los pueblos y las aldeas reclutando a los que seguían teniendo fuerzas para disparar un fusil. Yo no quería irme, pero tampoco quería hacer enfadar a mi padre, así que cuando el reclutador llegó, acepté sin pensarlo, convencido de que quizás, lejos de casa, podría encontrar algo que diese sentido a mi vida. Lo que no sabía era que lo único que encontraría sería una versión de mí mismo que jamás me hubiese imaginado.

El entrenamiento fue duro, pero no tanto como la transformación interior que sufrimos todos los que estábamos ahí. Poco a poco, aprendimos a obedecer sin preguntar, a disparar sin

temblar, a ver al enemigo no como una persona, sino como un obstáculo, y aunque al principio me costaba dormir después de cada ejercicio de tiro, con el tiempo la conciencia se acostumbró y normalizó la violencia. Aun así, había noches en las que me despertaba asustado, con la sensación de que algo dentro de mí no quería desaparecer, una voz que me recordaba que no había nacido para matar.

Cuando llegamos a España, Madrid me sorprendió mucho por su energía, por la manera en que la gente llenaba las calles incluso en tiempos de guerra, y por la vida cotidiana, porque parecía que le diese igual que el ejército estuviese allí. Pero también sentí una especie de rechazo que se puede notar en las miradas, en los gestos, en la forma en que algunos se apartaban al vernos pasar, y sabía que para ellos éramos invasores.

El levantamiento del 2 de mayo fue un brote de ira por parte de los españoles, que nos tomó por sorpresa. Muchos de mis compañeros lo vieron como una prueba más de violencia, de los españoles, pero yo no pude evitar sentir cierta admiración por aquella gente que, armada con navajas, piedras y cualquier cosa que encontrase, se enfrentó a nosotros con una valentía que yo jamás habría tenido para enfrentar nada en mi vida. Al día siguiente, nos ordenaron reunir a los prisioneros y llevarlos a la colina del Príncipe Pío.

Aquel amanecer fue distinto a todos los que había vivido. El cielo estaba grisáceo y el aire estaba tan quieto que incluso el sonido de nuestros pasos hacía retumbar el suelo. Los prisioneros avanzaban delante de nosotros, algunos llorando, otros rezando, otros en silencio, y yo los miraba intentando encontrar en sus caras algo que me permitiera justificar lo que íbamos a hacer, pero lo único que veía eran seres humanos como yo, y una humanidad que me resultaba insoportable porque me recordaba la mía.

Cuando los pusimos en línea frente a nosotros, sentí que el mundo se iba a parar. El hombre de la camisa blanca me miró con una intensidad que me atravesó el alma, como con un cuchillo, y en su mirada no había odio ni rencor, sino una especie de comprensión, como si él supiese que yo también era una víctima, aunque de otra manera. Quise bajar el fusil, quise gritar que lo que íbamos a hacer era una locura, pero mis piernas no se movieron, mis manos no obedecieron a mi corazón, y cuando el general dio la orden, disparé.

El sonido de ese disparo todavía resuena en mi cabeza, un sonido que no es solo ruido, sino una herida que se abre cada vez que recuerdo lo que pasó. Vi morir a esos hombres y sentí que algo dentro de mí se rompía para siempre. No dormí esa noche, ni muchas otras después, porque cada vez que cerraba los ojos veía la camisa blanca, los brazos alzados...

Con el tiempo, aprendí que aquel día no solo maté a unos hombres inocentes, sino que también maté al chico que corría por el bosque soñando con un futuro distinto. Desde entonces, he vivido con la sensación de que camino acompañado por sombras, sombras que no me juzgan, pero que tampoco me dejan olvidar lo que pasó ese amanecer. Y aunque intento seguir adelante y trato de convencerme de que el pasado no puede cambiarse, sé que hay silencios, como el de antes de ese disparo, que nunca dejarán de sonar dentro de mi cabeza.

